



1° de julio de 2026

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

¡Que las bendiciones de nuestro Señor Jesucristo estén con cada uno de ustedes!

Al cumplirse dos años desde que se formaron las familias de parroquias en toda la Arquidiócesis de Seattle, me gustaría expresar mi más sincero agradecimiento por todo el esfuerzo y la dedicación del clero, el personal parroquial y docente; de los feligreses, líderes laicos y voluntarios. Juntos hemos orado y escuchado la voz del Espíritu Santo para discernir cómo renovar la vida parroquial en el oeste de Washington. Estamos en un camino santo, y los animo a no perder la esperanza, sino a ver la luz de Jesucristo que nos guía hacia adelante.

Cuando recién llegué a la Arquidiócesis de Seattle, muchos de mis hermanos sacerdotes compartieron sus frustraciones y su dolor de servir en comunidades donde la práctica de la fe estaba en declive. A muchos de ellos les entristecían los bancos vacíos los domingos y las familias que ya no participaban en su vida de fe como décadas atrás. En muchos lugares, la vida sacramental disminuía y los voluntarios de siempre abandonaban el servicio por su edad avanzada. Algunos tenían que dedicar su tiempo a “apagar incendios” relacionados con el mantenimiento de los edificios y los problemas económicos, en lugar de “encender la llama” de la fe en las nuevas generaciones.

Así es como nuestros sacerdotes describieron los efectos de décadas de cambio:

- Las parroquias fueron construidas para una comunidad local que podía ir caminando a la Misa o llegar rápidamente en automóvil. La aparición de las autopistas cambió esa dinámica.
- Muchas parroquias con comunidades de diferentes culturas, que habían sido creadas para servir a una población inmigrante específica, cambiaron porque las generaciones sucesivas ya no necesitaron de una atención pastoral en un idioma diferente.
- El estado de envejecimiento de muchos edificios parroquiales y escolares requirió mayores inversiones de tiempo, energía y dinero. Los sacerdotes debieron dedicarse y dedicar recursos a estas prioridades, dejando de lado los esfuerzos de evangelización.
- El número de sacerdotes fallecidos ha superado el número de hombres que ingresan al seminario. Solo el año pasado celebramos los funerales de ocho sacerdotes arquidiocesanos, mientras que solo un sacerdote arquidiocesano fue ordenado este año.

Académicos de todo el país han señalado una serie de factores que explican la decreciente participación en la Iglesia Católica. Aunque las recientes noticias sobre el aumento en número de jóvenes que ingresaron a la Iglesia trajeron gran esperanza, la realidad es que la asistencia a Misa en 2026 aún no llega a los niveles de 2019.

Es fácil sentirse abrumado por estos desafíos y ciertamente algunos días, yo me siento así. Sin embargo, el mismo Jesús nos entregó la misión de ir y hacer discípulos de todas las naciones. Él nos llama a cada uno a encontrarlo, a acompañarnos mutuamente y a vivir la alegría del

Evangelio cada día. Esta misión y nuestra confianza en Él nos dan la esperanza para el futuro.

Después de mucha oración, discernimiento y consulta con sacerdotes, líderes laicos, otras diócesis y feligreses a través del sínodo local, desarrollamos un proceso estratégico de planificación pastoral con el objetivo de reenfocar todo lo que hacemos como Iglesia Católica en el oeste de Washington en torno a nuestra misión. ¿Cómo podemos reorganizar y reestructurar las parroquias para dedicar más tiempo a reflejar el amor radical de Cristo en lugar de intentar preservar el *status quo*, diseñado para otra época?

Por eso comenzó y continúa nuestro camino como Compañeros en el Evangelio.

Así como cuando Moisés guio al pueblo en el desierto, sabemos que este no es un camino fácil. En estos primeros años, tuvimos la sensación de estar dedicando bastante tiempo a la administración, las finanzas y los edificios. Sin embargo, como muchas otras diócesis nos han contado, este enfoque administrativo inicial es necesario, pero no debe distraernos del verdadero trabajo de reimaginar y revitalizar nuestra presencia pastoral en nuestras comunidades.

¿Cómo podemos unir fuerzas para que, juntos, podamos servir mejor a nuestras comunidades como presencia viva de Cristo —sobre todo, a los enfermos y moribundos; a los pobres y a los marginados, y a los jóvenes que buscan un sentido a su vida—? ¡Esto es lo que Jesús nos llamó a hacer!

Somos compañeros

Elegí deliberadamente el nombre “Compañeros en el Evangelio” porque esta labor no recaerá únicamente sobre los hombros de nuestros sacerdotes ni del personal de la parroquia. Es un esfuerzo que todos asumimos conjuntamente como administradores corresponsables de nuestra Iglesia Católica local. Juntos, como pueblo de Dios, estamos valientemente reimaginando cómo responder a las necesidades del mundo de hoy, en lugar de luchar por mantener una estructura parroquial diseñada para una era pasada.

Desde la formación de las familias de parroquias hace dos años, hemos visto a las comunidades abrazarse entre sí, brindar una generosa hospitalidad, combinar ministerios para servir a más personas, unirse para ofrecer programas juveniles y mucho más. Este año, dimos la bienvenida a más personas a la Iglesia que en años anteriores, y muchas de ellas expresaron su aprecio por la rica experiencia que tuvieron en los programas conjuntos de formación en la fe ofrecidos por las familias de parroquias. Decenas de reportes de sacerdotes confirman que, aunque el “Plan Una parroquia” puede significar un reto, están llenos de esperanza al ver ya algunos de los frutos de la iniciativa. Informes como éste me colman de esperanza, y sé que esto solo el comienzo.

Asimismo, hemos podido ver que el cambio es difícil y lento; requiere que dejemos de lado nuestros propios deseos y agendas para reconocer las necesidades de toda la familia católica. Y aquí radica la oportunidad de ir más allá de nuestras zonas de confort — más allá de “nuestra Misa” o “nuestro ministerio” — para reconocer que todo lo que tenemos es un regalo de Dios y que estamos llamados a compartirlo con los demás. ¿Qué dones, talentos, oportunidades y demás tienen nuestras parroquias que puedan combinarse y compartirse para el bien común? Este es el enfoque principal de nuestro proceso del “Plan Una parroquia”, que guía a las familias [de parroquias] para que trabajen juntas en reimaginar creativamente la nueva comunidad.

Deseo agradecer a nuestro clero por decir “sí” a lo que algunos pueden ver como asignaciones pastorales imposibles durante este tiempo. Su fortaleza y sus corazones pastorales de servicio son profundamente apreciados. También deseo agradecer al personal parroquial y docente por sortear con gracia los nuevos desafíos y poder visualizar oportunidades de cambios positivos a medida

que las parroquias trabajan juntas más estrechamente. Deseo agradecer de manera especial a los voluntarios que sirven en los consejos asesores de las familias de parroquias, responsables de representar a los feligreses y de guiar a la familia [de parroquias] a través del Proceso del “Plan Una parroquia”.

Por último, deseo agradecer a todos los feligreses que han participado activamente en este proceso por medio de nuestra vocación y dignidad bautismales escuchando al Espíritu Santo, asistiendo a las sesiones de consulta con la comunidad, compartiendo ideas y opiniones; orando por esta iniciativa, colaborando como voluntarios de nuevas formas y participando en la vida parroquial a medida que avanza el Proceso del “Plan Una parroquia”.

Sesiones presenciales para la comunidad este otoño

Esta iniciativa está verdaderamente guiada por el Espíritu Santo. Permitamos que esta verdad nos fortalezca en el camino hacia la renovación de la vida parroquial para poder llevar hoy la luz de Cristo al mundo. Este otoño, mi equipo organizará sesiones comunitarias presenciales en toda la arquidiócesis para ponerles al corriente sobre el progreso de Compañeros en el Evangelio y responder a sus preguntas. Están todos invitados a participar en estas sesiones.

Por favor, continúen rezando por esta iniciativa, pidiendo a Dios que nos guíe para que realmente escuchemos el llamado del Espíritu Santo y a nuestro buen y misericordioso Dios, que modela y forma los deseos de nuestros corazones. Por favor, sepan que rezo continuamente por ustedes, y les pido humildemente que eleven oraciones por mí.

Como siempre, permanezco en el corazón de Cristo.



Rvdmo. Mons. Paul D. Etienne, DD, STL
Arzobispo de Seattle